

Devociones

I

Insultus morbi primus

La primera alteración, el primer gruñido, de la enfermedad

I. Meditación

Devociones para ocasiones que surgen

¡Cambiante, y por lo tanto desdichada, es la condición del hombre! En un momento estoy bien y al siguiente enfermo; me sorprende un repentino cambio, una alteración para peor, a la que no encuentro ni causa ni nombre. Estudiamos la salud, reflexionamos acerca de las comidas, las bebidas, el aire y los ejercicios; cincelamos y pulimos cada piedra para ese edificio; y así nuestra salud es una larga y regular labor; pero en un minuto un cañonazo lo destruye todo, lo derrumba, lo demuele. Una enfermedad que ningún cuidado pudo detener, imprevisible para toda imaginación; incluso, innmerecida, si tenemos en cuenta solo el desorden; nos convoca, nos apresa, nos destruye en un instante. ¡Oh, desdichada condición del hombre! No nos fue impresa por Dios quien, por ser Él mismo inmortal, en nosotros había colocado una brasa, un destello de inmortalidad, que bien pudimos convertir en llama, pero extinguimos con el primer pecado. Nos empobrecimos buscando falsas riquezas; nos engañamos buscando falso conocimiento; por ello ahora no solo morimos, sino que lo hacemos sobre el potro de la tortura, en el tormento de la enfermedad. No solo eso, sino que nos afligimos de ante mano, nos afligimos sobremanera, con celos, sospechas y aprensiones de enfermedad antes de poder así llamarla; no sabemos si estamos enfermos. Una mano le toma el pulso a la otra y nuestro ojo consulta con nuestra orina cómo estamos.

¡Oh, desdicha multiplicada! Morimos sin poder gozar de la muerte, pues lo hacemos bajo el tormento de la enfermedad. Esta nos tortura, y no podemos aguardar hasta que llegue, sino que aprensiones y presagios profetizan la tortura que nos inducirá muerte antes de que cualquiera de las dos llegue; y nuestra disolución es concebida en estos primeros cambios, acelerada por la enfermedad y nacida de la muerte, ya fechada por los mismos. ¿Es este el honor que ser un pequeño mundo trae al hombre, tener estos terremotos en su interior, súbitos temblores; estos rayos, súbitas luces; estos truenos,

súbitos ruidos; estos eclipses, súbitas ofuscaciones y oscurecimientos de sus sentidos; estas flamantes estrellas, súbitas exaltaciones ardientes; estos ríos de sangre, súbitas aguas rojas? Él es un mundo en sí mismo, suficiente para contener a las fuerzas que lo destruyen y lo ejecutan, y también a las que presagian su muerte; a las que asisten a su enfermedad, la vaticinan y la vuelven irremediable con aciagas aprensiones, como si quisiera avivar el fuego rociando las brasas con agua, de manera de envolver una ardiente fiebre en fría melancolía, vaya a ser que la fiebre no haga estragos con suficiente rapidez sin esta contribución, ni complete su labor (que es la destrucción), salvo que aunemos nuestra propia enfermedad artificial, nuestra melancolía, con esta enfermedad natural, con esta innatural fiebre. ¡Oh, perpleja descomposición! ¡Oh, enigmática agitación! ¡Oh, desdichada condición del hombre!

I. Reclamo

Si fuera yo mero polvo y cenizas dirigiría la palabra al Señor, pues su mano me hizo de este polvo y recolectará estas cenizas; la maño del Señor fue el torno en que se formó esta vasija, y es la urna en que se preservarán estas cenizas. Soy el polvo y las cenizas del templo del Espíritu Santo; ¿qué mármol hay tan precioso?; pero soy más que polvo y cenizas: soy mi mejor parte, soy mi alma. Y siendo el hálito de Dios, podré impeler estos píos reclamos hacia Él: ¡Oh, Señor, Señor! ¿por qué no es mi alma tan sensible como mi cuerpo; por qué no tiene estas aprensiones, estos presagios, estos cambios, estas predicciones, estos celos, estas sospechas del pecado, como mi cuerpo tiene de una enfermedad?; ¿por qué no hay en todo momento un pulso en mi alma que mantenga a raya el pecado?; ¿por qué no hay siempre aguas en mis ojos, para testificar mi enfermedad espiritual? Transito la ruta de la tentación, naturalmente, necesariamente; todo hombre lo hace, pues en cada derrotero hay una serpiente, y en cada vocación hay tentaciones; pero yo voy, corro, vuelo hacia las tentaciones que bien podría rechazar; no, irrumpo en las casas donde reside la plaga, me introduzco allí donde la tentación habita, y tiento al mismísimo diablo, y busco e importuno a quien preferiría no verme. ¡Oh, alturas, oh, profundidades de la miseria, donde el primer síntoma de la enfermedad es el infierno mismo, y donde jamás veo la fiebre de la lujuria, la envidia, la ambición, bajo ninguna luz que no sea la oscuridad y el horror del averno; y donde jamás el primer mensajero que habla conmigo dice “morirás”, no, ni tampoco “debes morir”, sino que dice “ya estás muerto”; y donde el primer diagnóstico que escucha mi alma sobre su

enfermedad es “irremediable” o “irrecuperable”! Pero, Dios mío, Job no te desafió tontamente en las aflicciones temporales; tampoco lo haré yo en las espirituales. Tú has impreso un pulso en nuestra alma, pero no lo observamos; una voz en nuestra conciencia, pero no atendemos; hablamos más fuerte que ella, bromeamos para no escucharla, la empapamos en alcohol y dormimos, y al despertar no decimos, como Jacob: sin duda, el Señor está en este lugar y yo no me había dado cuenta. Aunque lo sepamos, no lo decimos, ni lo diremos. Pero, ¿acaso pretendía Dios hacer un reloj y olvidarse del muelle; crear tantas partes y engranes en el alma y en los órganos del cuerpo, pero no otorgarnos gracia que los mueva?, ¿acaso Dios crearía un reloj para no darle cuerda?, ¿nos infundiría una primera gracia, para negarnos la segunda, tal de que no podamos hacer uso de la primera una vez la tengamos, ni aún valiéndonos de nuestra naturaleza? Pero, en realidad, no es ese el caso; somos hijos pródigos, y no desheredados; hemos recibido nuestra porción y la malgastamos, no se nos ha negado. Somos de Dios los inquilinos, y así incluso, Él, nuestro arrendador, no nos cobra renta, sino que nos paga; no anualmente, no trimestralmente, sino cada hora, cada cuarto de hora, cada minuto renueva su piedad; *pero no lo comprenderemos, no hasta que nos arrepintamos y Él nos perdone.*¹

XVII

Nunc lento sonitu dicunt, morieris

Ahora estas campanas, que tan suavemente doblan para otro, me dicen: Debes morir

XVII. Meditación

Tal vez aquel por quien doblan las campanas está tan enfermo que no sabe que doblan por él. Tal vez pienso tan bien de mí mismo que los que me rodean, tras verme, las hicieron doblar por mí, y yo no lo sé. La iglesia es católica, y universal, y también lo son sus acciones; todo cuanto hace nos pertenece. Cuando un niño es bautizado, esa acción me concierne, pues está conectado a su cuerpo, que es también mi cabeza; es injertado en ese cuerpo del que formo parte. Cuando un hombre es inhumado, esa acción me concierne: toda la humanidad es de un autor, y es a la vez un solo libro; cuando un hombre muere no se arranca un capítulo al libro, sino que se lo traduce a un

¹ Marcos 4:12 en el original, aquí modificado.

lenguaje mejor; y así todos los capítulos han de ser traducidos. Dios emplea a varios traductores; algunos capítulos los traduce la vejez, otros la enfermedad, otros la guerra, otros la justicia; pero la mano de Dios está en todas las traducciones, y nuevamente encuadernará estas hojas dispersas, para la biblioteca donde cada libro quedará abierto a los demás. Igual que las campanas del sermón llaman no solo al que predica, sino también a la congregación, así estas campanas nos llaman a todos; pero con cuánta más fuerza me llaman a mí, arrastrado hacia las puertas por la enfermedad. Hubo una disputa (en la que piedad y dignidad, religión y estimación, se entrelazaron) por ver qué orden religiosa realizaba las primeras plegarias de la mañana; y se eligió a la que más madrugara. Si entendiéramos la dignidad de estas campanas que doblan por nuestra plegaria nocturna, nos contentaríamos con hacerla nuestra dignidad y despertar más temprano, en esa aplicación, para que sea tanto nuestra como de aquel al que en verdad pertenece. Las campanas doblan para el que cree que doblan por él; y aunque vuelvan a callar, sin embargo, desde el momento en que tal ocasión obró en él, ese hombre está unido a Dios. ¿Acaso hay quien no dirija la vista al sol cuando rompe el alba? ¿Y quién aparta sus ojos del cometa que divide al cielo? ¿Quién no presta oído al repique de las campanas? ¿Quién hay que haga oídos sordos ante las campanas que se llevan un fragmento suyo a los cielos?

Ningún hombre es una isla entera por sí mismo; cada hombre es una porción del continente, de lo principal. Si a un terruño se lo lleva el mar, Europa se reduce, y ocurre lo mismo con un promontorio, o con tu casa o la de tu amigo; la muerte de cualquier hombre me reduce, porque soy parte de la humanidad, por eso no debes preguntar por quién doblan las campanas; lo hacen por ti. No podemos llamar a esto mendigar miseria, ni tampoco pedir miseria prestada, como si no fuéramos ya lo suficientemente miserables y debiéramos ir a buscar más a la casa del vecino. En verdad, sería codicia excusable si lo hiciéramos, pues la aflicción es un tesoro y casi no hay hombres que hayan tenido suficiente. No ha habido hombre que, teniendo suficiente aflicción, no haya madurado y se haya vuelto apto para Dios por esa misma aflicción. Si un hombre tiene un tesoro de lingotes o de cuñas de oro, y no ha convertido nada en moneda corriente, ese tesoro no lo sufragará mientras viaja. La tribulación es un tesoro similar, pero no es moneda de uso corriente, salvo que nos acerque cada vez más a nuestro hogar, el paraíso. Otro hombre puede enfermar también, y hacerlo de muerte, y su

aflicción puede yacer en sus entrañas cual mina de oro, pero no servirle de nada; mas estas campanas, que me cuentan de su aflicción, la desentierran y untan ese oro en mí; si por esta consideración del peligro ajeno pongo el mío bajo mi lupa, así me aseguro, recurriendo a mi Dios, que es nuestra única seguridad.